

fanales, ridiculicé la forma de los frascos. Así hostigado, el comerciante hizo confesión general diciéndome que Faille y Bouchot, poco antes de quebrar, iban á emprender la fabricación de un cosmético y querían frascos de forma rara; desconfiando de ellos, les exigió la mitad al contado; Faille y Bouchot, seguros de futuras ganancias, aprontaron el dinero; llegó la quiebra: sin estar entregada la partida, los síndicos, requeridos al pago, transigieron dejando al fabricante los frascos y el dinero ya recibido, como indemnización de un artículo extraño y sin venta posible. Los frascos valían á cuarenta céntimos, pero sería una suerte colocarlos á veinte. ¡Dios sabe cuánto tiempo tendría en el almacén una forma que no es usual! «¿Sabéis quién pudiera tomar los diez mil á veinte céntimos? — Acaso, porque soy dependiente en la perfumería del señor Birotteau.» Examiné una muestra y la guardé; mi hombre confía, espera, es nuestro.

— ¡Veinte céntimos! dijo Birotteau. ¿Sabes que se puede vender el aceite á tres francos y ganar uno y medio?

— ¡El aceite cesarino! gritó Popinot.

— ¡El aceite cesarino?... ¡Ah! señor enamorado, queréis halagar al padre y á la hija. Pues bien, sea; ¡vaya por el aceite cesarino! Los Césarres eran dueños del mundo y debieron tener buen pelo.

— César fué calvo, dijo Popinot.

— ¡Porque no hizo uso de nuestro aceite! Lo di-

remos así. A tres francos el *aceite cesarino*; el aceite de Macassar cuesta doble. ¡Gaudissart nos ayuda! ganaremos cien mil francos al año, hay que suponer que las personas que se estimen consuman seis frascos al año; ¡diez y ocho francos! Suponiendo diez y ocho mil cabezas, resultan ciento ochenta mil francos. Somos millonarios.

Llegaron las avellanas; Raguét, los obreros, Popinot y César mandaron una cantidad suficiente, y se obtuvieron en menos de cuatro horas algunas libras de aceite. Popinot fué á presentar el producto á Vauquelin, el cual regaló á Popinot una fórmula para mezclar la esencia de avellanas con substancias oleaginosas más baratas y para perfumarla. Popinot solicitó al instante la patente de invención y de perfeccionamiento. El agradecido Gaudissart prestó á Popinot algún dinero para los derechos de la Hacienda. Popinot quería á todo trance pagar su mitad en los gastos de establecimiento.

La prosperidad lleva consigo una embriaguez, á la cual los hombres inferiores no resisten jamás. Esta exaltación tuvo un resultado fácil de prever. Grindot apareció, presentando el croquis en color de una preciosa vista interior del futuro cuarto adornado con sus muebles. Birotteau, seducido, consintió en todo. En seguida los albañiles dieron los primeros golpes con sus piquetas, que hicieron estremecer la casa y temblar á Constanza. El pintor decorador, señor Lourdois, un contratista muy rico, que se comprometía á que nada faltase, hablaba de dorar el salón. Al oír esta palabra, Constanza inter-



— Señor Lourdois, dijo ella, tenéis treinta mil francos de renta y habitáis una casa de vuestra propiedad; podéis hacer allí vuestro gusto, pero nosotros...

— Señora, el comercio debe brillar y no dejarse aplastar por la aristocracia. Además, el señor Birotteau forma parte del gobierno, y ocupando un lugar tan visible...

— Sí, es tendero aún, dijo Constanza delante de los dependientes y de cinco personas que podían oírlo; ni él, ni yo, ni sus amigos, ni sus enemigos lo olvidaremos.

Birotteau se empinó sobre la punta de los pies, dejándose caer luego sobre los talones repetidas veces, con las manos cruzadas atrás.

— Mi mujer tiene razón, dijo. Hasta en la prosperidad seremos modestos. Además, mientras un hombre vive del comercio, debe ser prudente en sus gastos, reservado en su lujo; la ley le obliga: no debe entregarse á gastos excesivos. Si el ensanchamiento de mi casa y su ornamentación traspasaran límites regulares, sería en mí una imprudencia que vos mismo censuraríais, Lourdois. ¡El barrio tiene puestos los ojos en mí, las gentes que prosperan tienen muchos envidiosos! ¡Ah! pronto lo sabréis por experiencia, joven, dijo á Grindot; aunque sea imposible ahogar la calumnia, procuraremos no dar motivo á la maledicencia.

— Ni la calumnia ni la maledicencia pueden alcanzaros, dijo Lourdois; tenéis una posición independiente y una gran costumbre del comercio; sa-

béis poner en orden vuestros negocios, y sois en todo muy perspicaz.

— Verdaderamente, no me falta experiencia de los negocios; ¿sabéis por qué nos ensanchamos? Si os apuro algo para que todo quede listo en el plazo propuesto, ¿sabéis por qué lo hago?

— No.

— Pues bien; mi mujer y yo reunimos algunos amigos, tanto para celebrar la redención del territorio, cuanto para festejar mi nombramiento en la orden de la Legión de honor.

— ¡Cómo, cómo! dijo Lourdois, ¿os han dado la cruz?

— Sí; tal vez me hice digno á este insigne y real favor, siendo juez del tribunal de comercio, y combatiendo por la causa monárquica el 13 vendimiario en San Roque, donde fui herido por Napoleón... Vendréis con vuestra mujer y vuestra hija...

— Os quedo agradecido por el honor que os dignáis dispensarme, dijo el liberal Lourdois. Pero buen cuco está el señor Birotteau; me invita para estar seguro de que no faltará á la palabra empeñada. Enviaré los mejores oficiales; encenderemos un fuego infernal para secar las pinturas; apuraremos todos los recursos y todos los procedimientos desecantes para que no haya humedad la noche del baile. Barnizaremos para evitar olores de pintura.

A los tres días el comercio del barrio estaba inquieto con el solo anuncio del baile que preparaba Birotteau. Todos veían los andamios indispensables necesarios para el pronto desplazamiento de la esca-



lera, los canalones cuadrados de madera por donde caían los escombros en los carros dispuestos en la calle. Los obreros no reposaban, á la luz del sol ó con hachones, porque trabajaban de día y de noche, llamando la atención de los vagabundos y de los curiosos que pasaban por allí; y los chismes tomaban asunto en estos preparativos, acabando por anunciar suntuosidades enormes.

El domingo señalado para la terminación del negocio, los señores Ragon y el tío Pillerault fueron á eso de las cuatro de la tarde. Por no permitirlo el derribo, según decía César, le fué imposible invitar aquel día más que á Carlos Claparon, á Crottat y á Roguin. El notario llevó el *Diario de los Debates*, donde el señor de la Billardiére había hecho insertar el artículo siguiente:

« Sabemos que la redención del territorio será celebrada con entusiasmo en toda Francia; pero en París, los miembros de la corporación municipal han comprendido que había llegado el momento oportuno para devolver á la capital todo su esplendor que por un sentimiento prudente había cesado durante la ocupación extranjera. Cada uno de los alcaldes y tenientes alcaldes se propone dar un baile; el invierno promete ser muy brillante; este movimiento nacional será imitado. Entre todas las fiestas que se disponen, preocupa mucho el baile que prepara el señor Birotteau, nombrado caballero de la Legión de honor, y tan conocido por su desinterés en la causa monárquica. El señor Birotteau, herido en la jornada de San Roque, el 13 vendimiario, es

uno de los jueces del tribunal de comercio más estimados, y merece toda clase de honores. »

— ¡Qué bien escriben ahora los periodistas! exclamó César. Habla de nosotros el diario, dijo á Pillerault.

— ¿Y qué? respondió Pillerault, á quien el *Diario de los Debates* era especialmente antipático.

— Acaso ese artículo nos hará vender más *pasta de las sultanas* y *agua carminativa*, dijo por lo bajo la mujer de César á la señora Ragon, sin compartir el entusiasmo de su marido.

La señora Ragon, alta, enjuta y arrugada, de nariz fina, de labios delgados, tenía cierta semejanza con las marquesas de la antigua corte. El cerco de sus ojos aparecía siempre húmedo y enrojecido como en las ancianas que han sufrido muchas penas; su porte severo y digno, aunque afable, inspiraba respeto. Tenía, por otra parte, un no sé qué raro que chocaba, sin hacer reír, y que su traje y sus maneras explicaban; llevaba mitones, y en todo tiempo se apoyaba en una sombrilla de puño largo, semejante á la que usaba la reina María Antonieta en Trianon; su vestido, cuyo color favorito era el siena pálido llamado hoja seca, caía sobre sus caderas formando pliegues inimitables, cuyo secreto se llevaron á la tumba las viudas de otros tiempos. Conservaba la manteleta negra guarnecida de encajes de grandes mallas cuadradas; sus cofias, de forma antigua, tenían agremanes que recordaban los calados de antiguas cornucopias. Tomaba tabaco con esa exquisita limpieza y haciendo esos gestos



que recordarán los jóvenes que han tenido la dicha de ver á sus abuelas dejando solemnemente las cajas de oro sobre una mesa, mientras sacudían el polvo del rapé caído sobre su pañoleta.

El señor Ragon era un hombre bajo, de cinco pies de altura á lo sumo; su cara parecía un cascanees, donde no se veía más que los ojos, los pómulos prominentes, la nariz y la barba; sin dientes, comiéndose la mitad de las palabras, y salpicando como la lluvia al hablar; galante, presuntuoso y sonriendo siempre, con la sonrisa que empleó para recibir á las mujeres bonitas que por variadas contingencias llegaron en otro tiempo á su tiendecita. El polvo de arroz dibujaba en su cráneo una blanca media luna muy raída, cuyas puntas estaban separadas por una coleta atada con una cinta. Llevaba el frac azul, el chaleco blanco, el calzón y las medias de seda, los zapatos con hebillas de oro y guantes de seda negros. El rasgo más notable de su carácter consistía en ir por las calles con el sombrero en la mano. Tenía el porte de un ordenanza de la Cámara de los pares, de un ujier del gabinete del rey, de todas esas gentes que están colocadas cerca de los poderosos de manera que reciben su reflejo, sin dejar de ser nunca insignificantes.

— Sé franco, Birotteau, dijo con entonación magistral; ¿te arrepientes de haber seguido los consejos que te dábamos? ¿Hemos dudado alguna vez del agradecimiento de nuestros muy queridos soberanos?

— Debéis de sentirnos muy dichosa, hija mía, dijo la señora Ragon á Constanza.

— Sí, respondió la bella perfumista, siempre bajo la fascinación de la sombrilla de puño largo, de las cofias en forma de mariposa, de las mangas estrechas y de la gran pañoleta *al modo de Julia* que usaba la señora Ragon.

— Cesarina es encantadora. Venid aquí, bella niña, dijo la señora Ragon con su voz de falsete y como si dispensara una protección.

— ¿Tratamos de los negocios antes de comer? dijo el tío Pillerault.

— Esperemos al señor Claparon, dijo Roguin; le dejé vistiéndose.

— Señor Roguin, dijo César, le habréis prevenido que comemos en un *mal* entresuelito...

— Nos parecía inmejorable hace diez y seis años, murmuró Constanza.

— ... ¿entre los escombros y entre los obreros?

— ¡Bah! conoceréis á un buen muchacho que no se fija en pequeñeces, dijo Roguin.

— Raguet está prevenido para que le haga entrar por la tienda. Es imposible subir por otro lado, ¿habéis visto la obra? dijo César al notario.

— ¿Por qué no trajisteis á vuestro sobrino? dijo Pillerault á la señora Ragon.

— ¿Le veremos? preguntó Cesarina.

— No, hija mía, dijo la señora Ragon. Anselmo trabaja como una fiera. Esa calle sin aire y sin sol, esa apestosa calle de los Cinco Diamantes me horroriza; el arroyo está siempre azul, verde ó



negro. A ver si enferma. ¡Pero cuando á la gente joven se le mete algo en la cabeza! dijo á Cesarina haciendo un gesto que explicaba la palabra *cabeza* en el sentido de *corazón*.

— ¿Ha hecho ya su contrato? preguntó César.

— Ayer, y ante notario, replicó Ragon; lo ha hecho por diez y ocho años, pero exigen seis meses adelantados.

— Bien, señor Ragon, ¿estáis satisfecho de mí? dijo el perfumista. Le he dado el secreto de una invención... ¡vaya!

— Conocemos bastante vuestros sentimientos generosos, César, dijo Ragon, cogiéndole las manos y apretándoselas con religiosa amistad.

Roguin estaba inquieto pensando en Claparon, cuyas costumbres y desenfados podían espantar á los virtuosos burgueses; juzgó, pues, necesario preparar los ánimos.

— Van ustedes á ver, dijo á Ragon, á Pillereault y á las señoras, un hombre original que oculta su importancia bajo una vulgaridad que asusta; porque desde una posición muy humilde llegó á la fortuna por su inteligencia. Sin duda tratando con los banqueros aprenderá que deben usarse buenos modales. No es difícil que le veáis algún día en la calle ó en el café despechugado, emborrachándose ó jugando al billar; tiene las apariencias de un majadero... Pues bien, cuando más distraído parece estar, estudia y piensa en favorecer la industria con nuevas creaciones.

— Lo comprendo, dijo Birotteau; yo también en-

contré mis mejores ideas vagando por las calles, ¿no es así, mujercita mía?

— Claparon, prosiguió Roguin, se resarce durante la noche del tiempo empleado en buscar, en combinar negocios durante el día. Todas las personas de mucho talento llevan una vida rara é inexplicable. Pues bien; en medio de su desorden, yo soy testigo, consigue su objeto; acabó por conquistar á todos los propietarios; no querían, desconfiaban temiendo alguna cosa, los ha embromado, los ha fatigado, ha ido á verlos todos los días, y somos, gracias á él, dueños de los terrenos.

Un singular carraspeo propio de los bebedores de aguardiente y de licores fuertes, anunció al personaje más estrambótico de esta historia, y árbitro visible de los futuros destinos de César. El perfumista se lanzó á la escalerilla oscura, tanto para decir á Raguet que cerrase la tienda, cuanto para rogar á Claparon dispensara que le recibiera en el comedor.

— ¡Cómo! un sitio admirable para estar bebiendo... para estar viendo, quise decir, como se resuelven los negocios.

Á pesar de las hábiles preparaciones de Roguin, los señores Ragon, burgueses de buen tono, el observador Pillereault, Cesarina y su madre, fueron desde luego muy desagradablemente impresionados por aquel supuesto representante de la alta banca.

Á la edad de veintiocho años próximamente, Claparon, antiguo comisionista, no tenía ni un pelo en la cabeza y llevaba una peluca rizada formando



tirabuzones. Tal peinado exige la frescura de una virgen, una diafanidad láctea, las más encantadoras gracias femeninas; hacía, pues, resaltar innoblemente una cara granujienta y rojiza como la de un conductor de diligencias, cuyas arrugas prematuras indicaban, por su abundancia y por sus muchas sinuosidades, una vida viciosa, cuyas desgracias estaban además atestiguadas por el mal estado de los dientes y los barrillos sembrados en la piel curtida. Claparon tenía el aire de un cómico de la legua, que sabe todos los papeles, llama al público, y no se ruboriza por nada; derrengado por sus fatigas, con los labios pastosos, la lengua siempre en juego, aun en sus embriagueces, la mirada cínica; en una palabra, comprometía con sus gestos. Aquel rostro, iluminado por las alegres llamaradas del punch, desmentía la gravedad de los negocios. Así necesitó Claparon largos estudios mímicos antes de obtener una actitud en armonía con su importancia supuesta. De Tillet había asistido al tocado de Claparon como un director de escena inquieto de la salida de su principal actor; temía que las costumbres groseras de aquella existencia descuidada se trasluciesen demasiado en la superficie del banquero.

— Habla lo menos posible, le había dicho. Nunca un banquero es parlanchín; los banqueros observan, meditan, oyen, reflexionan y averiguan. Así, para darte aires de banquero, lo mejor será que no hables nada ó hables poco y de cosas insignificantes. Disimula el descaro de tus ojos y finge

una mirada grave, aun á riesgo de que resulte estúpida. En política ponte de parte del gobierno y trata de generalidades, como: *El presupuesto es gravoso. No hay transacciones posibles entre los partidos. Los liberales son dañinos. Los Borbones deben evitar todo conflicto. El liberalismo es la capa de los intereses coligados. Los Borbones abren una era de prosperidad, sostengámoslos aunque no los admiremos. Francia ha hecho bastantes experiencias políticas*, etc. No te revuelques sobre las mesas, piensa que debes conservar la dignidad de un millonario. No sorbas con fuerza tu tabaco como hace un inválido; juega con tu tabaquera, mira á menudo á tus pies ó al techo antes de responder; en fin, aparenta una expresión meditabunda. Sobre todo, evita la mala costumbre que tienes de tocarlo todo. En sociedad un banquero debe aparentar que tiene fatigado el tacto. ¡ Ah! esto; las preocupaciones te desvelan, y los números te agobian; ¡ es menester reunir tantos elementos para proponer un negocio! ¡ Tantos cálculos! Sobre todo habla muy mal de los negocios. « Los negocios son pesados, molestos, difíciles, espinosos. » No salgas de ahí, no especificques nada. No cantes en la mesa coplas de Béranger, y no bebas mucho. Si te emborrachas, pierdes tu porvenir. Roguin te vigilará; vas á encontrarte con personas honradas, con burgueses virtuosos; no los escandalices soltando alguna de tus ideas tabernarias.

Este discurso había producido en el cerebro de Carlos Claparon un efecto semejante al que producía en su persona su traje nuevo. Aquel despreo-



cupado, amigo de todo el mundo, acostumbrado á ir cómodo con las ropas desabrochadas, entre las cuales su cuerpo no estaba más sujeto que sus ideas en su lenguaje, encerrado en el traje nuevo que el sastre había hecho esperar, tieso como un poste, desconfiando de sus movimientos como de sus frases, retirando su mano imprudentemente puesta sobre un frasco ó sobre una caja, cortando estudiadas frases, ofrecía un desacuerdo risible á la observación de Pillereault. Su cara enrojecida, su peluca de atrevidos tirabuzones desmentían su fingida corrección, como sus pensamientos desmentían sus palabras. Pero los honrados burgueses acabaron por convencerse que aquellas continuas disonancias eran efecto de la preocupación.

— Tiene tantos negocios, decía Roguin.

— Los negocios no le afinaron gran cosa, dijo la señora Ragon á Cesarina.

Llegando la frase á oídos del señor Roguin, se puso un dedo sobre los labios para recomendar prudencia.

— Es rico, hábil y de una excesiva probidad, dijo inclinándose hacia la señora Ragon.

— Se le pueden tolerar ciertas cosas en gracia de esas cualidades, dijo Pillereault á Ragon.

— Leamos las escrituras antes de comer, dijo Roguin, estamos solos.

La señora Ragon, Cesarina y Constanza se alejaron de los contratantes, mientras Pillereault, Ragon, César, Roguin y Claparon escuchaban lo que leía Alejandro Crottat. César firmó á favor de un

cliente de Roguin una obligación de cuarenta mil francos, con hipoteca de los terrenos y las fábricas situadas en el arrabal del Temple; entregó á Roguin el cheque de Pillereault contra el Banco, dió sin recibo los veinte mil francos efectivos que tenía en su cartera, y los ciento cuarenta mil francos en pagarés á la orden de Claparon.

— No tengo ningún recibo que daros, dijo Claparon; vos debéis entenderos solamente con el señor Roguin, como lo hacemos también nosotros. Los vendedores recibirán en su casa el precio de las ventas en metálico, y me comprometo solamente á proporcionar el dinero que os falta, negociando estos pagarés que acreditan ciento cuarenta mil francos.

— Es lo justo, dijo Pillereault.

— Y bien, caballeros, llamemos á las señoras, porque se siente frío sin ellas, dijo Claparon mirando á Roguin, como para ver si la galantería era demasiado fuerte.

— ¡Señoras mías!... ¡Oh, señorita! ¿es sin duda vuestra hija? dijo Claparon irguiéndose y mirando á Birotteau. Pues bien, no estuvisteis desacertado. Ninguna de las rosas que habéis destilado puede comparársele, y acaso porque habéis destilado rosas brotó...

— A fé mía, dijo Roguin interrumpiendo, confieso que tengo hambre.

— Pues bien, comamos, dijo Birotteau.

— Vamos á comer ante notario, dijo Claparon estirándose.



— ¿Hacéis muchos negocios? preguntó Pillereault colocándose en la mesa junto á Claparon, intencionalmente.

— Con exceso, por gruesas, respondió el banquero; pero son pesados, espinosos. Ahora los canales. ¡Oh, los canales! ¡No podéis figuraros cuánto me ocupan los canales! y es natural. El gobierno quiere canales. El canal es una necesidad que se hace sentir generalmente en todas partes, y que interesa á todos los comercios. ¡Ya lo sabéis! Los ríos, ha dicho Pascal, son caminos que andan. Es preciso abrir paso á las aguas. Los canales dependen del terreno, porque hay excavaciones muy difíciles; la excavación concierne á la clase pobre, ¡de ahí los empréstitos que en definitiva, se hacen para favorecer á los pobres! Voltaire dijo: *¡Canales, canales!* Pero el gobierno tiene sus ingenieros que le ilustran; es difícil engañar al gobierno, á menos de ponerse en connivencia con los ingenieros. ¡La Cámara!... ¡Oh! señor, la Cámara nos perjudica. No quiere confesar que los asuntos políticos dependen de los asuntos financieros. Hay mala fe de una parte y de la otra. ¿Creeréis lo que os digo? ¡Los Keller! Pues bien, Francisco Keller es un orador, un gran orador, ataca al gobierno en las cuestiones de hacienda y á propósito de los canales. De vuelta en su casa, mi hombre se encuentra con nuestras proposiciones; son buenas, y es menester arreglarse con el gobierno susodicho, momentos antes atacado insolentemente. El interés del orador y el del banquero luchan, ¡estamos entre dos fuegos! Comprende-

deréis ahora de qué manera los negocios se hacen difíciles, ¡es menester agradar á tantos! Los agentes, las Cámaras, las antecámaras, los ministros...

— ¿Los ministros? dijo Pillereault, que quería descifrar por completo á su coasociado.

— Sí, señor, los ministros.

— Entonces los periódicos tienen razón, dijo Pillereault.

— Mi tío habla de política, dijo Birotteau; el señor Claparon le hace salir de sus casillas.

— ¡Los periódicos! ¡raza de truhanes! dijo Claparon, los periódicos lo embrullan todo; son útiles algunas veces, pero me hacen pasar crueles noches; preferiría mejor pasarlas de otra manera; porque tengo los ojos perdidos á fuerza de leer y de hacer cálculos.

— Volvamos á los ministros, dijo Pillereault esperando revelaciones.

— Los ministros tienen exigencias puramente gubernamentales... Pero ¿qué me dieron á comer? ¿ambrosía? dijo Claparon interrumpiéndose. Estas salsas sólo se ofrecen en las casas de los burgueses: nunca en los figones...

Á esta palabra, las flores de la cofia de la señora Ragon saltaron como carneros. Claparon comprendió que la palabra era innoble y quiso enmendarlo.

— En la alta banca, dijo, solemos llamar así, en broma, *figones*, á los restaurants más elegantes. Very, los Hermanos Provenzales... Pues bien, ni en esos infames figones, ni en nuestras presuntuosas



cocinas particulares, nos presentan salsas tan sustanciosas; los unos las hacen con agua clara acidulada con limón, los otros químicamente.

Mientras comieron, no cesaron las investigaciones de Pillereault, que trataba de sondear á su hombre, y descubriendo sólo vaciedades en él, juzgólo peligroso.

— Todo marcha bien, dijo Roguin al oído de Carlos Claparon.

— ¡Ah! sólo me consuela pensar que, saliendo de aquí, podré desnudarme, murmuró Claparon, que se ahogaba.

— Señor, le dijo Birotteau, si nos vemos reducidos á este comedor, que hoy servirá también de sala, es porque dentro de diez y ocho días reuniremos á varios amigos, tanto para celebrar la redención del territorio...

— Bien, señor: también soy partidario del gobierno. Pertenezco por mis opiniones al *statu quo* del grande hombre que preside los destinos de la casa de Austria, ¡un mozo de temple! Conservar para adquirir, y sobre todo adquirir para conservar... Esta es la base de mis opiniones, y tengo el honor de pensar como el príncipe de Metternich.

— ...del territorio, cómo para festejar mi nombramiento en la orden de la Legión de honor, prosiguió César.

— Lo sé ya. ¿Quién me dió la noticia?... ¿Los Keller ó Nucingen?

Roguin, asombrado de tanto aplomo, hizo un gesto de admiración.

— ¡Ah! no; en la Cámara.

— ¿En la Cámara? ¿Sería el señor de la Billardièrè? preguntó César.

— Precisamente.

— Resulta muy agradable, dijo César á su tío.

— Suelta palabras y más palabras, dijo Pillereault, todas incoherentes.

— Tal vez me haya hecho digno de tanto favor... prosiguió Birotteau.

— Por vuestros trabajos en perfumería; los Borbones saben recompensar todos los méritos. ¡Ah! tengamos confianza en esos generosos príncipes legítimos, de quienes aguardamos prosperidades inauditas... Porque, creedlo, la Restauración conoce que debe competir con el Imperio, ¡hará conquistas en plena paz, muchas conquistas!

— ¿El señor nos hará, sin duda, el honor de asistir á nuestro baile? dijo la mujer de César.

— Para pasar una velada en vuestra compañía, señora, renunciaría á ganar millones.

— Decididamente, resulta muy charlatán, dijo César á su tío.

Mientras que la gloria de la perfumería, en su decadencia iba á lanzar sus últimos resplandores, un astro aparecía lentamente en el horizonte comercial. El joven Popinot sentaba en aquella misma hora los cimientos de su fortuna en la calle de los Cinco Diamantes. La calle de los Cinco Diamantes, corta y estrecha, por donde los carros pasaban con gran dificultad, desembocaba en la calle de los Lombardos, y en la de Aubry-le-Boucher, frente á la de